

Una aproximación a la derecha sensible

POR SERGIO MORRESI

Licenciado en Ciencia Política (UBA) y doctor en Ciencia Política por la Universidad de São Paulo (USP, Brasil). Actualmente se desempeña como investigador del CONICET y como profesor de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS). Es autor de libros y artículos de teoría política, análisis sociopolítico e historia reciente, como *La nueva derecha argentina y la democracia sin política* (Biblioteca Nacional, 2008), *Saber lo que se hace: expertos y política en Argentina* (Prometeo Libros, 2011, junto con Gabriel Vommaro) y *Mundo PRO: Anatomía de un partido fabricado para ganar* (Planeta, 2015, junto con Gabriel Vommaro y Alejandro Bellotti). Su actividad se concentra en el estudio del liberalismo, el neoliberalismo y las derechas políticas.

Realizar un estudio politológico sobre un tema “de actualidad” (como es el caso del partido Propuesta Republicana, PRO) siempre resulta difícil. Primero, porque el objeto de estudio es un actor político que se define y es definido en relación con la coyuntura política y la intervención analítica dialoga -aunque sea de manera distanciada y crítica- con esas visiones interesadas. Segundo, porque la inestabilidad y la fluidez del fenómeno se desarrollan de manera paralela a la investigación, lo que demanda no fosilizar rasgos que aún no terminaron de consolidarse y mantener una flexibilidad que permita incorporar nuevas evidencias e incluso modificar hipótesis de trabajo “sobre la marcha”. Estas primeras observaciones conducen a detenerse un momento sobre el problema de estudiar actores que trabajan de forma constante (y la mayoría de las veces consciente) en su presentación de sí mismos. ¿Qué debe hacerse con esas construcciones? Tomarlas

sin más parece poco fructífero. Pero tampoco se las puede considerar apenas como un disfraz que busca enmascarar una realidad profunda o esencial, cuya clave sólo estaría disponible para el propio actor y para el observador entrenado. Las ciencias sociales no avanzan de ese modo. Más bien, parece corresponder incorporar al análisis los distintos modos en que los actores realizan sus performances públicas e hilvanan sus discursos como componentes del repertorio de valores políticos y formatos éticos y estéticos al que acuden para desplegarse a sí mismos. Un buen ejemplo de la dificultad de la que se viene hablando es el de la clasificación ideológica de una fuerza política como Propuesta Republicana (PRO), cuyos integrantes rechazan la misma idea de aceptar ser clasificados en un eje izquierda/derecha. Así, el analista puede legítimamente preguntarse si es aceptable imponer a su objeto de estudio una clasificación que rechaza de plano.



MARTIN SCHIAPPACASSE

En primer lugar, existen estudios basados en la técnica de regresión ecológica que muestran que una parte importante de los “votantes fundamentales” de PRO (es decir, aquellos votantes que, independientemente de su número, tienen mayor capacidad para actuar políticamente e influir en la formación de la agenda partidaria) provienen de la base electoral de partidos que se asumían como “orientados a la derecha” como Acción por la República (AR) y la Unión del Centro Democrático (UCEDE). En segundo término, desde sus inicios PRO buscó alianzas con partidos y dirigentes políticos que se identifican como pertenecientes al espacio de la derecha o la centro-derecha, como la UCEDE, el Partido Demócrata y -más adelante- Recrear para el Crecimiento (RECREAR) y la facción neoliberal del Movimiento Popular Neuquino (MPN). En tercer lugar, PRO está afiliado a la Unión Internacional Demócrata que agrupa a los partidos conservadores de distintos países y estuvo asociado a otras dos internacionales políticas orientadas a la centro-derecha (la Internacional Demócrata de Centro y la Internacional Liberal). En la misma línea, también deben tenerse en cuenta los vínculos de PRO con las redes internacionales de *think tanks* de derecha como la Fundación Atlas. En cuarto lugar, tanto los analistas políticos de los medios masivos de comunicación como los dirigentes de los partidos mayoritarios de la Argentina, e incluso algunos funcionarios de PRO coinciden en calificar al partido como “de derecha” o “de centro-derecha”. En este mismo sentido, en declaraciones públicas y privadas, el líder de PRO, Mauricio Macri, definió a su propia fuerza como “pro-mercado”, lo que lo hace convergente con las ideas de derecha y centro-derecha tal como habitualmente son definidas en América Latina.

Ahora bien, pese a la presencia de estos elementos, la mayoría de los miembros de PRO se rehúsa a aceptar que su partido sea catalogado como de derecha. Distintas razones explican esta actitud. Por un lado debe considerarse la motivación pragmática: a los dirigentes de PRO les conviene colocarse en la postura en la que puedan granjearse el apoyo de una mayor cantidad de votantes. En la Argentina, sólo el 20% de los ciudadanos se reconoce de derecha y más del 50% se ubica en el centro del espectro político. PRO, como otros partidos modernos, procura situarse en el espacio en el que existe una mayor cantidad de votos potenciales, confiando en sumar electores de centro sin perder el apoyo de los de derecha (a los que espera poder mantener por la escasez de otras ofertas y por su potencial de acceso al poder). Por otra parte, existen motivos ideológicos: entre los cuadros de PRO prima un rechazo a colocarse en el campo de la derecha porque en la Argentina la derecha y el autoritarismo se ligan fuertemente. En este sentido, si bien algunos líderes de PRO se mostraron públicamente de acuerdo con políticas del último gobierno *de facto*, su aprobación parece referirse a

- De acuerdo con cierta concepción de la ciencia política, la cuestión sobre si se puede clasificar a un partido dentro del espectro ideológico derecha/izquierda más allá (o incluso en contra de) lo que digan sus integrantes no es particularmente problemática, ya que la tarea clasificatoria sería una labor propia de los expertos, que se basarían en un análisis relacional y en una multiplicidad de elementos analíticos. En el caso de PRO, estudios basados en encuestas a expertos coinciden en ubicarlo en el espacio del centro a la derecha. En las enciclopedias en las que se listan los partidos de todo el mundo, PRO aparece identificado como un partido de centro-derecha. Obviamente, este modo de clasificar “desde afuera” no carece de problemas. Desde la sociología y la antropología política se han señalado algunos de los límites de este tipo de abordaje. Sin embargo, la opinión experta sobre PRO no debería ser desestimada a priori porque se apoya en datos relevantes y sólidamente analizados.

LA MAYORÍA DE LOS MIEMBROS DE PRO SE REHÚSA A ACEPTAR QUE SU PARTIDO SEA CATALOGADO COMO DE DERECHA.

A PARTIR DE 2007, PRO BUSCÓ ALEJARSE DEL PERFIL TECNOCRÁTICO QUE HABÍA CULTIVADO HASTA ENTONCES Y PROCURÓ VINCULARSE A LAS NOCIONES DE SOLIDARIDAD Y EMPATÍA, PERO SIN PERDER DE VISTA EL VALOR DE LA EFICIENCIA, LO QUE DIO LUGAR A QUE SE LO ETIQUETARA COMO UN EJEMPLO DE “DERECHA SENSIBLE” VINCULADA AL “CONSERVADURISMO COMPASIVO”.

ciertas perspectivas socioeconómicas y político-culturales y no a las formas criminales y absolutistas que caracterizaron a la última dictadura.

Como parte de su estrategia para mantener alejada la imagen del partido del espacio de la derecha, PRO ha tratado de impulsar una identidad posideológica. La mayoría de los cuadros de PRO, sobre todo quienes comenzaron su vida política después de 2001, se muestran muy enfáticos en posicionarse “más allá de la izquierda y la derecha” y en sostener que su desempeño “no tiene nada que ver con las ideologías” propias de lo que ellos llaman la “vieja política”. Así, para una parte importante de los cuadros de PRO, las identidades ideológicas tradicionales (derecha e izquierda) se asimilan a luchas estériles relacionadas con las nociones de conflicto y crispación tal como fueron tematizadas durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner. Por ello, en reemplazo de las categorías anticuadas, se postula la construcción de una identidad “moderna” de la política ligada a la unidad y al consenso a través de una gestión seria, honesta y eficaz que permitiría la generación de condiciones para que todos puedan crecer en una suerte de carrera abierta al talento. De este modo, la concepción “moderna” aparece como una propuesta posideológica de raigambre liberal y no -al menos no necesariamente- como antipolítica.

La identidad posideológica de PRO se tornó más clara a partir de 2013, cuando sus dirigentes comenzaron a presentarse como exponentes de una “tercera vía”. Al comienzo, el empleo del concepto era descriptivo: tenía la función de mostrar que PRO era una alternativa a los partidos tradicionales. Más adelante, se fue perfilando un ideario más acabado, basado parcialmente en la concepción que Anthony Giddens elaboró para revitalizar a la socialdemocracia europea. Pero a diferencia de la tercera vía original, criticada por esconder propuestas neoliberales en una fraseología progresista, la apuesta de PRO no propone un *aggiornamento* de la centro-izquierda, sino de la centro-derecha. Al igual que en el “giro al centro” del Partido Popular de España (al que tomó de modelo), la tercera vía de PRO está centrada en la gestión y en ciertos valores (diálogo, libertad, solidaridad, eficiencia) con los que aspira no tanto a representar partes de la población (mayorías o minorías), sino ayudar a resolver los problemas de “la gente” a través de la búsqueda de consensos y de la convergencia de los intereses públicos y privados, una convergencia que reemplazaría a un Estado interventor agotado.

La idea de intereses privados y públicos trabajando al unísono tiene un rol destacado en el discurso de los líderes y cuadros dirigentes de PRO. Para comprender el alcance de esta concepción (a primera vista tan trivial), la misma debe enmarcarse dentro de los lineamientos de ►

- PRO, a los que se puede acceder por medio de los documentos de las distintas fundaciones y *think tanks* que integran su medio partidario. Según estos lineamientos, el mercado es una institución que genera un orden dinámico y eficiente, pero al mismo tiempo se reconoce que podría resultar necesaria la acción del Estado en determinados espacios. Así, la sinergia entre Estado y mercado de PRO parece cercana a la fórmula de la Economía Social de Mercado alemana: *tanto mercado como sea posible, tanto Estado como resulte necesario*.

La Economía Social de Mercado (ESM) es la doctrina político-económica desarrollada en Alemania durante la posguerra a partir de concepciones neoliberales. Pero, además de la perspectiva económica neoliberal, la ESM tenía una fuerte impronta social fundada en valores social-cristianos y humanistas. Esto llevó a sus implementadores -como Ludwig Erhard- a sostener un firme intervencionismo estatal en algunas áreas (como la seguridad social), a aceptar el rol protagónico de los sindicatos en la actividad económica (participando no sólo de la reglamentación del trabajo, sino también en la propiedad de las empresas) y a procurar activamente cambios socio-culturales que llevaran a los individuos a comportarse de modo solidario y auto-responsable.

En la Argentina, el principal impulsor de la ESM fue Álvaro Alsogaray; sin embargo, la versión de la ESM defendida por el fundador de la UCEDE tenía algunas diferencias con el modelo original, sobre todo en lo referido a los aspectos sociales y políticos. Para Alsogaray los sindicatos argentinos no estaban en condiciones de asumir el rol activo que les adjudicaba la ESM debido a su enorme poder político y al carácter distorsivo del mercado de sus actividades. Además, sostenía que la seguridad social que tenía la Argentina era demasiado extensa y conspiraba contra el desarrollo de un mercado libre y un Estado eficiente. Finalmente, creía que el apuntalamiento de los valores de solidaridad y responsabilidad postulados por la ESM requería que, temporalmente, hasta que se lograra educar a la ciudadanía que se inclinaba por opciones electorales populistas, se aceptaran restricciones claras a la democracia y a la libertad de los individuos. Así, más allá de la retórica, la propuesta de Alsogaray (que en la década de 1990 se tradujo como “economía popular de mercado”) se acercaba más a las ideas economicistas neoliberales que habían nutrido a la ESM que a las propuestas más holistas de la Alemania de posguerra.

El estudio de PRO muestra que, a pesar de las diferencias entre las facciones que componen el partido, hay una tendencia a coincidir con los postulados de la ESM del mismo modo selectivo que empleara Alsogaray. Por un lado, en PRO acuerda con la idea básica de la ESM de brindar soporte a un Estado que intervenga para corregir las

fallas del mercado y reducir las desigualdades sin distorsionar los resultados de la competencia mercantil. Por el otro, se rechaza el postulado de la ESM de brindar mayor protagonismo a los sindicatos y se señala a las políticas (y a los políticos) populistas como una seria amenaza al desarrollo argentino y al conflicto político como un impedimento para el desarrollo de una sociedad unida y solidaria.

Conviene detenerse un momento sobre esta idea de una sociedad solidaria.

A partir de 2007, PRO buscó alejarse del perfil tecnocrático que había cultivado hasta entonces y procuró vincularse a las nociones de solidaridad y empatía, pero sin perder de vista el valor de la eficiencia, lo que dio lugar a que se lo etiquetara como un ejemplo de “derecha sensible” vinculada al “conservadurismo compasivo”.

La idea de conservadurismo compasivo fue creada por el estadounidense Marvin Olasky como un intento de mostrar que los valores que afirma perseguir la izquierda (como la salud pública o un nivel de ingresos que permita enfrentar las necesidades básicas) sólo se pueden concretar a través de políticas asociadas con la derecha, como la defensa del libre mercado, el impulso de las instituciones de caridad y la eliminación de seguros sociales

AL FALSO PROGRESISMO, PRO SE LE OPONE COMO “UN PROGRESISMO DEL HACER”, AL PROGRESISMO IDEOLÓGICO, “UN PROGRESISMO DE LA GESTIÓN” ALEJADO DE LAS IDEAS TRADICIONALES DE LA DERECHA Y LA IZQUIERDA.

drolos políticos de PRO como una solidaridad real, en contraste con una irreal que sería la propia de los partidos tradicionales. Esta visión construida alrededor del eje eficiencia (y así sobre el rol protagónico del mercado y del tercer sector) hace posible la cohesión interna de las distintas facciones que componen el partido, ya que, aunque las mismas tienen profundas diferencias incluso a nivel conceptual, se abroquelan frente a sus adversarios políticos a los que perciben como “falsos progresistas” porque son incapaces de llevar a buen puerto sus supuestas ideas y proyectos. Al falso progresismo, PRO se le opone como “un progresismo del hacer”, al progresismo ideológico, “un progresismo de la gestión” alejado de las ideas tradicionales de la derecha y la izquierda.

Así, como se ha tratado de mostrar en estas breves líneas, más allá del rechazo de los miembros de PRO por identificarse a sí mismos con la derecha o la centro-derecha, el análisis de sus ideas (a través de encuestas, entrevistas, análisis de documentos y discursos) muestra ciertos lazos entre lo que podríamos llamar, siguiendo a John Pocock, la gramática de PRO y la que era propia de la tradición liberal-conservadora. El liberalismo-conservador -que se caracteriza por pendular entre los valores liberales y conservadores reunidos alrededor de nociones como moderación, seguridad, sensibilidad y eficacia- tiene una larga historia en la Argentina con la cual PRO dialoga sin ser apenas un emergente de la misma.

Vale la pena resaltar esta última idea. PRO parece estar vinculado a la tradición liberal-conservadora, a esa “derecha orleanista” como la llamaba el historiador francés René Rémond. Pero ese vínculo no lo convierte apenas en un ejemplo más de esa tradición. Hay diferencias importantes que no deben ser pasadas por alto. A modo de cierre merece subrayarse una de esas diferencias.

Durante el siglo XX, las fuerzas de derecha en la Argentina buscaron acceder al poder por vías no electorales: generando instituciones que torcieran la voluntad popular (restringiendo la participación de algunos partidos), por medio de golpes de Estado (que eran impulsados cuando el desempeño de un gobierno democráticamente electo resultaba insatisfactorio para sus intereses), por medio de presiones sobre gobiernos civiles y militares (buscando un cambio en la agenda o la inclusión de sus propios cuadros en los gabinetes ministeriales) o por medio de lo que podríamos llamar “entrismo de derecha” (colocando cuadros políticos o técnicos propios en los partidos mayoritarios). PRO, en cambio, es un partido que no sólo sostiene en el discurso su compromiso con la democracia sino que, además, procura acceder al poder por medio de las elecciones y no tratando de insertar sus cuadros o los más importantes puntos de su agenda en los gobiernos de otros partidos. En este sentido, su surgimiento resulta claramente auspicioso para la democracia en la Argentina. •